

HOLA MIJO, CUENTEME ALGO BONITO

Cierro los ojos durante el tiempo que dura un profundo suspiro, los abro y miro su fotografía: la ilumina una pequeña llama que me rescata de la total oscuridad. Busco unas hojas blancas que guardo en mi pequeña cajuela, la que todos tenemos semejando el hechizo de Aladino, y escucho que mi voz que va despertando suavemente, no tres, sino miles de deseos, deseos ocultos detrás de las palabras.

Palabras que narran la vida, una tras otra, sin importar el final, inmunes al olvido. De pronto entre las frases cotidianas que hacen mi lectura, cae lentamente su figura quiijotesca, una sonrisa fresca y contagiosa le acompaña, me mira durante un instante y siento que me conoce por dentro, levanta su pequeña mano de pianista de los sueños y me dice: "Hola miijo!, cuénteme algo bonito".

Un día escuché de sus labios el encanto de la poesía: "Cambio mi vida, juego mi vida, de todos modos la llevo perdida", "Hay un instante en el crepúsculo en que las cosas brillan más",

"Sucedeme que me canso de ser hombre", "Hay golpes tan fuertes en la vida, yo no se", "Mirar el río hecho de tiempo y agua". Su voz encarnaba cada frase, toda su existencia se volcaba dando vida a los poemas.

Vi cómo la magia de la música penetraba por sus venas y salía en la sonrisa plena, acompañada de un gesto: "Ahhh, oír esto y morir", por eso puedo decir que saboreó mil veces la ETERNIDAD. Tanto, que me decía: "canta como los ángeles".

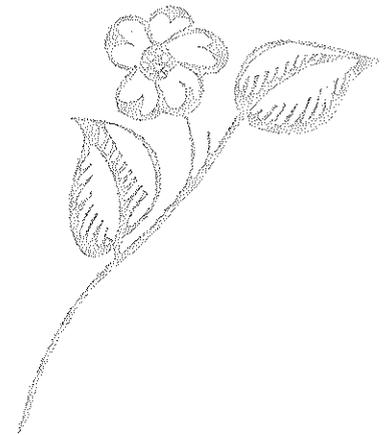
En el altar, con la armonía de sus movimientos y la profundidad de sus palabras logró que un sueño, un pequeño sueño despertara lentamente a la realidad, así lo mostraba el brillo de los ojos de los que salían de la Eucaristía del domingo en la capilla de la 72.

Lo vi triste y deprimido y al instante alegre y magnánimo, vi sus lágrimas serenas y también oí sus hermosas carcajadas.

Aún lo siento, aún lo escucho y hablo con él, su voz ha vencido para mí todos los límites a los que nos han acostumbrado, su vida es como la buena escritura, está hecha de ETERNIDAD.

MARINO, amigo que sembraste los más hermosos sueños, hermano que me enseñaste la inmortalidad de las palabras, compañero que me mostraste la fidelidad a Jesús de Nazaret. Maestro que compartió conmigo la sabiduría de la sencillez, el gozo de las pequeñas cosas.

HASTA SIEMPRE



Gerardo Villota, S.J.